

*Pasajes y figuras de la Sagrada Escritura y autoridades de los Santos Padres.*

Véase: AMOR Á LOS ENEMIGOS y ODIO.

## VERDAD.

*Facta est veritas in oblivionem.*

La verdad fué puesta en olvido,

(ISA. LIX, 15.)

La verdad es la única cosa que hay en la tierra digna de los cuidados y atenciones del hombre. Es la luz de nuestro espíritu, la regla de nuestro corazón, la raíz de los verdaderos placeres, el fundamento de nuestras esperanzas, el consuelo de nuestros temores, la suavidad de nuestros males, y el remedio de todas nuestras penas. Ella sola es la seguridad de la buena conciencia, y el terror de la mala; la pena secreta del vicio, y la recompensa interior de la virtud; ella sola immortaliza á los que la han amado; ilustra las cadenas de los que padecen por ella; adquiere los honores públicos á las cenizas de los mártires y de sus defensores, y hace respetable el desprecio y pobreza de los que todo lo dejaron por seguirla. Finalmente, ella sola inspira pensamientos magníficos, forma hombres heroicos, almas de quienes no es digno el mundo, y sábios merecedores de este nombre: todos nuestros cuidados debieran, pues, limitarse á conocerla, nuestros talentos á manifestarla, nuestro celo á defenderla. No debiéramos buscar en los hombres más que la verdad, no querer agradarles sinó por la verdad, no estimar en ellos más que la verdad, y no permitir que ellos quisiesen agradarnos sinó por la verdad: en una palabra, parece que debiera bastar el que se nos manifestase para amarla, y enseñarnos á conocernos.

No obstante, son dignas de admiracion las diferentes impresiones que hace la verdad en los hombres cuando se les manifiesta: para unos es una luz que los alumbrá, que los liberta, y que manifestándoles su obligacion se la hace amable; para otros es una luz importu-

na y oscura, que los entristece y molesta; finalmente, para muchos es una nube espesa, que los irrita, que arma su furor y acaba de cegarlos. Manifiéstase á todos; pero, ¿cuántas son las almas obstinadas que la desprecian? ¿Cuántos los corazones flacos y tímidos que la disimulan? ¿Cuántos los corazones obstinados que la oprimen y persiguen? Recojamos estos tres caractéres que, nos instruirán en todas nuestras obligaciones para con la verdad: la verdad recibida; la verdad disimulada; la verdad perseguida. ¡Espíritu Santo, espíritu de verdad! aniquilad en nosotros el espíritu del mundo, este espíritu de error, de disimulo, de horror á la verdad; y hacednos dignos de amar la verdad, de manifestarla á los que la ignoran, y de sufrirlo todo por ella. A. M.

1. Verdad llamo á aquella regla eterna, á aquella luz interior, continuamente presente dentro de nosotros, que nos manifiesta en cada accion lo que se debe abrazar ó huir; que aclara nuestras dudas y juzga nuestros juicios; que nos aprueba ó condena interiormente, segun que nuestras costumbres se conforman ó contradicen á su luz. Esto supuesto, digo, que el primer uso que debemos hacer de la verdad es para nosotros mismos. Pocas almas hay por más sumergidas que estén en los sentidos y en las pasiones, cuyos ojos no se abran algunas veces para conocer la vanidad de los bienes que anhelan, la grandeza de las esperanzas que sacrifican, y la indignidad de la vida que hacen. Pero, ¡oh! no se abren sus ojos á la luz sinó para volverse á cerrar inmediatamente; y todo el fruto que sacan de la verdad que se les manifiesta y los ilustra, consiste en añadir á la desgracia de haberla ignorado hasta entónces, el delito de haberla despues inútilmente conocido. Unos se contentan con hablar de la luz que los hiere, y hacen de la verdad motivo de disputa y de vana filosofia; otros, sin acabar de resolverse, desean, al parecer, el conocerla; pero no la buscan como se debe, porque en la realidad se enfadarian de haberla hallado; finalmente, algunos más dóciles se dejan vencer de su evidencia, pero espantados con las dificultades y violencias que les presenta, no la reciben con aquella alegría y agradecimiento que inspira cuando una vez se ha conocido.

¿Cuántas almas hay en el mundo fluctuantes en la fe, ó por mejor decir, arrastradas de sus pasiones, que tienen por dudosa la verdad que las condena! cuántas almas que fluctuando de este modo, ven claramente que el no creer nada es un partido aún más incomprendible para la razon que los mismos misterios que la asustan: sienten el gusano de la conciencia, que continuamente les reprende su desea-

mino y locura, y procuran adormecerle con continuas disputas : que con el pretexto de ilustrarse, resisten á la verdad que se les manifiesta en lo íntimo de su corazón ; que solo consultan para poderse decir á sí mismos, que no han podido satisfacer á sus dudas ; que no consultan á los más hábiles, sinó por tener un nuevo motivo de incredulidad, por haberles consultado en vano ! Parece que la religion no es más que para discursos ; no se mira como un negocio sério en que no debemos perder un instante ; es una simple materia de conversacion, como antiguamente en el Areopago ; es un descanso del ocio, y una de las cuestiones inútiles que llenan el vacío de las conversaciones, y mantienen el enfado y vanidad de las relaciones. Pero *el reino de Dios no viene con aparato* (Luc. xvii, 20). La verdad no es fruto de las contiendas y disputas, sinó de las lágrimas y suspiros ; solamente purificando nuestro corazón en el silencio y en la oracion debemos esperar la luz del cielo, para hacernos dignos de discernirla y conocerla. Un corazón corrompido puede ver la verdad, pero no podrá gustarla, ni tenerla por amable. Por más que os illustreis é instruyais, vuestras dudas están en vuestras pasiones. La religion será clara luego que vosotros seais castos, templados y equitativos ; y tendreis fe luego que dejéis de tener vicios. No tengais interés en que sea falsa la religion, y la hallareis incontrastable ; no aborrezcais sus máximas, y no disputareis sus misterios.

San Agustin, convencido ya de la verdad del Evangelio, hallaba aún en el amor á los deleites, dudas y ansiedades que le detenian. El solo pensamiento de que era preciso renunciar sus vergonzosas pasiones, haciéndose discípulo de la fe, se la hacia aún sospechosa. Fluctuando siempre sin querer fijarse, consultando sin cesar, y temiendo ser ilustrado, arrastraba su cadena, como dice él mismo, temiendo la libertad : seguia proponiendo dudas para dar largas á sus pasiones ; queria ser más ilustrado, porque temia el serlo demasiado : *Trahebam catenam meam, solvi timens* (S. AUG. IN CONF.) ; y más esclavo de sus pasiones que de sus errores, solo repugnaba la verdad que se le manifestaba, porque la miraba como una mano victoriosa, que venia á romper por último los lazos que aún amaba : *Repellens verba bene suadentis, tanquam manum solventis*.

No quiero decir que no haya muchas veces necesidad de añadir á la luz que nos alumbrá, los votos de los que están destinados á discernir si es bueno el espíritu que nos mueve ; es la ilusion tan parecida á la verdad, que muchas veces es difícil no engañarse. Debemos buscar la verdad ; pero buscarla sinceramente. Nosotros no la hallamos, porque no la buscamos con corazón recto y sincero ; esparcimos sobre

todos los pasos que damos para buscarla, unas nubes que la ocultan á nuestra vista ; consultamos, pero damos un colorido tan favorable á nuestras pasiones, las exponemos con unos colores tan parecidos á la verdad, que hacemos que nos respondan que es ella ; no queremos ser instruidos ; queremos ser engañados, y añadir á la pasion que nos cautiva, una autoridad que nos sosiegue. Esta es la ilusion de la mayor parte de los hombres. No obstante, si se nos oye, nosotros amamos la verdad ; queremos que nos la den á conocer ; pero la prueba de que esto no es más que un vano discurso, es que en todo lo que mira á esta pasion favorita, que hemos como salvado entre las ruinas de las otras, cuantos nos tratan guardan un profundo silencio. Nuestros amigos callan ; nuestros superiores se ven precisados á disimular ; todos la ven, y nadie se atreve á manifestárnosla ; todos conocen que no buscamos la verdad de buena fe, y que la mano que nos descubriese nuestra herida, en vez de curarnos, no conseguiria más que hacer una nueva llaga.

David no conoció ni respetó la santidad de Natan, hasta despues que este profeta le habló sinceramente acerca del escándalo de su conducta. Desde este dia hasta el fin, le miró como á su libertador y padre ; y con nosotros pierde todo el mérito el que intenta hacer que nos conozcamos. Tenemos su celo por mal humor, su caridad por ostentacion, ó por gana de censurarlo y contradecirlo todo ; su piedad por imprudencia ó ilusion con que ocultan su soberbia ; su verdad por una fantasma que toma su figura ; por eso convencidos muchas veces en secreto de la injusticia de nuestras pasiones, quisiéramos que los demás la aprobasen ; y obligados con el testimonio interior de la verdad á echárnoslas en cara á nosotros mismos, no podemos sufrir que nos las manifiesten : sentimos el que los demás se unan á nosotros contra nosotros mismos : semejantes á Saul, queremos que Samuel apruebe en público lo que nosotros condenamos en secreto. Luego con razon decia yo, que todos nos preciamos de amar la verdad, pero que son pocos los que la buscan con un corazón recto y sincero.

Busquémosla con sinceridad y buena fe, y cuando la háyamos encontrado, examinemos despacio y por menor las obligaciones que nos impone, las separaciones dolorosas que nos manda, el retiro, la oracion, las maceraciones y las violencias que nos manifiesta como indispensables ; la vida seria, ocupada, interior en que nos empeña. Pero ¡ ay ! ; cuán pocos son los que despues de haber conocido la verdad, no quieren ver más que á ella ! ¡ Dios mio ! el mundo, sus deleites, sus esperanzas, sus grandezas parecen vanas, pueriles, enfadosas á una alma que os ha conocido, y que ha conocido la verdad de

vuestras eternas promesas. Nada puede consolarla sinó lo que la manifiesta los bienes verdaderos: nada la parece digno de su atención sinó lo que ha de durar eternamente: nada puede agradarla sinó lo que siempre ha de agradar. Despues de habernos instruido en el uso que debemos hacer de la verdad respecto de nosotros, veamos el que hemos de hacer de la misma respecto á los demás.

2. La primera obligacion que nos impone la ley de la caridad para con nuestros hermanos es la obligacion de la verdad. Somos deudores de ella, tanto á los grandes como á los pequeños; tanto á nuestros criados como á nuestros amos; tanto á los que la aman como á los que la aborrecen. La verdad no es nuestra; nosotros no somos más que sus testigos, sus defensores y sus depositarios: es la luz de Dios infusa en el hombre, que debe ilustrar á todo el mundo; y cuando la disumulamos hacemos injusticia á nuestros hermanos, á quienes pertenece como á nosotros, y somos ingratos al Padre de las luces, que las ha derramado en nuestra alma. Con todo eso, el mundo está lleno de disimuladores de la verdad; parece que no vivimos más que para engañarnos unos á otros; y la sociedad, cuyo primer lazo debiera ser la verdad, no es más que un comercio de ficción, de engaño y de artificio.

Hay en el mundo pocas personas, aún de aquellas que viven en la piedad, que no se hagan culpables para con la verdad disimulándola. Les parece á muchos haber cumplido con cuanto deben á la verdad, con solo no declararse contra ella; oyen continuamente á los mundanos desacreditar la virtud, defender la doctrina del mundo, justificar sus abusos y sus máximas, debilitar ó combatir las del Evangelio, blasfemar muchas veces lo que ignoran, hacerse muchas veces jueces de la misma fe que los ha de juzgar; óyenlos, y aunque no suscriben á su impiedad, no la reprueban abiertamente, contentándose con no autorizar con su voto sus blasfemias ó sus preocupaciones. Tocándonos á cada uno en particular los intereses de la verdad, el callarla cuando abiertamente la impugnan en nuestra presencia, es hacernos sus perseguidores y contrarios; y aquellos principalmente á quienes Dios ha ilustrado, faltan entónces al amor que deben á sus hermanos, pues la obligacion para con ellos se aumenta á proporción de las gracias que Dios les ha hecho, y así son para con Dios culpables de ingratitude.

Bien sé que hay tiempo de hablar, y tiempo de callar, y que el celo de la verdad tiene sus reglas y medidas; pero no quisiera que las almas que conocen á Dios y que le sirven, oyesen continuamente trastornar las máximas de la religion, herir la reputacion de sus hermanos,

justificar los infames abusos del mundo, sin atreverse á defender los intereses de la verdad ultrajada; no quisiera que el mundo tuviera sus apasionados declarados, y que Jesucristo no pudiese hallar los suyos; no quisiera que los justos se formasen una falsa cortesía para disimular los desórdenes de los pecadores, de que continuamente son testigos, cuando al mismo tiempo los pecadores hacen gala de proponerlos y defenderlos en su presencia; quisiera que llevase sobre su frente el noble valor que inspira la gracia; el candor heróico que produce el desprecio del mundo y de toda su gloria; la libertad generosa y cristiana que no considera más que los bienes eternos, que no espera más que á Dios, que á nada teme sinó á su propia conciencia; quisiera que la sola presencia de una alma justa hiciese callar á los enemigos de la virtud; que éstos respetasen al carácter de la verdad, que debe llevar grabado en su frente; que temiesen su santa generosidad, y que á lo ménos honrasen con su silencio y con su confusión á la virtud que ocultamente desprecian.

No solo se disimula la verdad, se la ofende con ciertas mitigaciones y condescendencias. Examinad vuestras obligaciones y vuestras conversaciones, vereis que todos vuestros discursos y todos vuestros pasos no son más que mitigaciones de la verdad, y arbitrios para conciliarla con las preocupaciones ó pasiones de aquellos con quienes teneis que vivir; nunca les manifestamos la verdad, sinó por aquella parte por donde puede agradarles; siempre hallamos algo bueno, aún en sus más deplorables vicios; y como todas las pasiones se parecen á alguna virtud, siempre las salvamos á favor de esta semejanza. Por eso en presencia de un ambicioso hablamos siempre del amor á la gloria, y del deseo de conseguirla, como de las únicas inclinaciones que forman los hombres grandes; lisonjamos su soberbia, encendemos sus deseos con esperanzas y pronósticos lisonjeros y quiméricos; mantenemos el error de su imaginacion, representándole fantasmas con que él mismo se sustenta continuamente. En presencia de un prodigo, calificamos las profusiones de generosidad y magnificencia. En presencia de un avaro, su dureza y mezquindad no son más que una sábia moderacion y una economía doméstica. De este modo perpetuamos el error entre los hombres, autorizamos todos los abusos, justificamos sus falsas máximas, damos un colorido de inocencia á todos los vicios, mantenemos el reino del mundo y su doctrina contra el de Jesucristo, y corrompemos la sociedad, cuyo primer vínculo debiera ser la verdad.

No condeno por esto las condescendencias de una sábia prudencia, que parece concede alguna cosa á las preocupaciones de los hombres,

solamente por atraerlos con más seguridad á la regla y á la obligación. Bien sé que la verdad no quiere defensores indiscretos y que todos los rodeos que solo se dirigen á establecer la verdad, no son flaquezas, sino arbitrios, y que la regla más segura del celo de la verdad es la caridad y la prudencia; pero no es esto lo que se intenta, cuando se la debilita con condescendencias indignas y lisonjeras; se quiere agradar; no se intenta edificar; nos ponemos nosotros en el lugar de la verdad, y queremos granjearnos los votos que solo á ella se deben.

Y de aquí proviene el que no solo se disfraza la verdad, sino que públicamente se la hace traicion. A fuerza de condescender con las pasiones de los hombres, y de querer agradarlos á costa de la verdad, por último la abandonamos á las claras: la sacrificamos con cobardía y sin rodeo á nuestros intereses, á nuestra fortuna y á nuestra gloria; hacemos traicion á nuestra conciencia, á nuestra obligación y á nuestras luces; por eso, luego que la verdad nos incomoda, nos daña, ó nos hace molestos; la negamos, la despreciamos, la entregamos á la opresion y á la injusticia: negamos como Pedro el que se nos haya visto ser sus discípulos; de este modo nos formamos un corazón cobarde y vil, á quien nada cuesta una mentira útil; un corazón lleno de doblez y artificio, que toma todas las figuras sin tener jamás ninguna fija; un corazón flaco y lisonjero, que no se atreve á negar su voto sino á la virtud inútil y desgraciada; un corazón corrompido é interesado, que hace servir á sus fines la religion, la verdad, la justicia, y cuanto hay de más sagrado entre los hombres: en una palabra, un corazón capaz de todo, ménos de ser verdadero, generoso y sincero.

¡Oh Dios mio! derramad en mi alma aquel amor humilde y generoso de la verdad con que se sustentan vuestros escogidos en el cielo, y que es el que constituye el carácter de los justos en la tierra. Destruid en mi corazón estos temores humanos, esta prudencia de la carne, que concilia los errores y los vicios con las personas. No permitais que jamás me avergüence de llevar sobre mi frente la verdad, como el más honroso título de que puede gloriarse una criatura vuestra, y como la más gloriosa señal de vuestras misericordias para con mi alma: *Et ne auferas de oro meo verbum veritatis usquequaque* (PSALM. cxviii, 43). A la verdad, hermanos, no basta el ser su testigo y depositario, es necesario tambien ser su defensor.

3. Si es delito el resistir á la verdad cuando ella nos ilustra, el retenerla injustamente cuando somos deudores de ella á los demás, es lo último de la iniquidad; y el combatirla y perseguirla es la más

segura señal de reprobacion. No obstante, no hay cosa más comun que esta persecucion de la verdad. Porque, primeramente, ¿quién puede preciararse de no ser del número de los que persiguen á la verdad con sus escándalos? No hablo de aquellas almas desenfrenadas que han levantado el estandarte de la culpa y del libertinaje, sin tener casi respeto alguno al público: los escándalos más ruidosos no son siempre los más temibles. Hablo de aquellas almas entregadas á los placeres, á las vanidades, á todos los abusos del siglo, cuya conducta, regular en lo demás, no solo es irreprochable á los ojos del mundo, sino que tambien se granjea la estimacion y alabanza de los hombres: y digo, que éstos persiguen á la verdad con solo su ejemplo; que aniquilan, en cuanto está de su parte, en todos los corazones las máximas del Evangelio y las reglas de la verdad: que gritan á todos los hombres, que el huir de los deleites es una preocupacion inútil. Hablo tambien de aquellos justos, que no cumplen enteramente con las obligaciones de la piedad, y que conservan aún reliquias demasiado públicas de las pasiones del mundo y de sus máximas; y digo, que persiguen á la verdad con estas tristes reliquias de infidelidad y flaqueza, que hacen que los impíos y pecadores la blasfemen. El mundo se cree seguro cuando ve, que las almas que hacen profesion de la piedad, le acompañan en sus placeres y vanidades; que se mueven como los demás hombres, con la fortuna, con el favor, con las preferencias, con las injurias; que desean sus fines, gustan aún de agradar, buscan con ansia las distinciones y gracias, y aún alguna vez, de la misma virtud se hacen camino para llegar á ellas con más seguridad. Cerremos la boca con el espectáculo de una vida irreprochable á los enemigos de la virtud; honremos la piedad para que ella nos honre; hagámosla respetable, si queremos que tenga quien la siga; demos al mundo ejemplos que le condenen, y no censuras que le justifiquen.

A esta persecucion de escándalo se añade una persecucion de seduccion. Primeramente, debilitamos la piedad de las almas justas, tachando de exceso su fervor, y esforzándonos á persuadirlas que se exceden: procuramos que sean semejantes á nosotros, ya que nosotros no queremos parecernos á ellas. En segundo lugar, acaso tentamos tambien su fidelidad y su inocencia, haciéndolas vivas pinturas de los placeres de que huyen; reprendemos, como la mujer de Job, su simplicidad y flaqueza, y damos á entender la inutilidad de sus violencias por la incertidumbre de sus promesas. En tercer lugar, corrompemos con nuestra autoridad el celo y la piedad de aquellas personas que dependen de nosotros; las pedimos unas obligaciones, ó incompatibles con su conciencia, ó peligrosas á su virtud; las po-

nemos en unas circunstancias, ó trabajosas, ó peligrosas á su fe; las prohibimos los ejercicios y observancias, ó necesarias para mantenerse en la piedad, ó útiles para adelantar en ella: en una palabra, somos sus tentadores domésticos, no pudiendo ni gustar del bien para nosotros, ni sufrirle en los demás.

Hay, además, la persecucion de fuerza y de violencia, que es la más funesta para la verdad. Estos discursos que tan fácilmente usais contra la piedad de los siervos de Dios; aquella severidad que usais con ellos, sin perdonarles nada, y aún mudando en vicios sus mismas virtudes; aquel estilo blasfemo y satírico que implamente ridiculiza la seriedad de su compuncion, que impone nombres de ironía y de desprecio á los más respetables ejercicios de su piedad; que hace titubear su fe, que detiene sus santas resoluciones, que desanima su firmeza, que les hace avergonzar de la virtud, que muchas veces los vuelve á arrastrar al vicio; esto es lo que llamo, con los santos Padres, persecucion abierta y declarada de la verdad. Perseguid en vuestro hermano lo que ni aún los tiranos se atrevieran á perseguir; éstos no les quitaron más que la vida, vosotros quereis quitarles la inocencia y la virtud; éstos solo dirigieron sus golpes contra su cuerpo, vosotros los dirigís á su alma. ¿No basta el que no sirvais al Dios para quien fuisteis hechos? ¿Habeis tambien de perseguir á los que le sirven?

¿Será posible que hayais de ser el instrumento de que se vale el demonio para tentar á los escogidos, y encadenarlos, si fuese posible, en el error? ¿Será posible que en defecto de los tiranos y de los suplicios, el Evangelio halle aún en vosotros solos su escollo y su escándalo? Uníos, en tal caso con aquellos pueblos bárbaros, ó con aquellos hombres impíos que blasfeman de su gloria y de su divinidad, si es que el vivir bajo de sus leyes y el observar sus máximas os parece digno de irrisión. Respetemos, pues, la virtud, honremos los dones de Dios y las maravillas de su gracia en sus siervos; merezcamos con nuestros respetos y con estimar la piedad, el beneficio de la piedad misma; miremos á los justos como á los únicos que atraen todavía las gracias del cielo sobre la tierra. Alentemos con nuestros elogios á las almas que se vuelven á él, si es que no podemos alentarlas con nuestro ejemplo; alabemos su mudanza, si es que no creemos poderlos mudar nosotros mismos; preciémonos á lo ménos de defenderlos, si es que nuestras pasiones no nos permiten aún el imitarlos. Demos gloria á la verdad; y para que ella nos liberte, recibámosla con religion luego que se nos manifieste; no la disimulemos cuando somos deudores de ella á nuestros prójimos; no nos declaremos contra ella

cuando no nos la podemos disimular á nosotros mismos, para que, sea-  
ados

*y Comunión. Trat. VI. 323.*

se acusarán los que han sido causa de que otros murmuren, provocándolos á que descubran algo en descrédito ageno. Y tambien de haberse holgado mucho de estos males de su prójimo. Tambien se acusará si abrió cartas entendiendo que contenia algo de descrédito. Y si descubrió algo que se le habia fiado en secreto natural, de que se siguió daño ó infamia al prójimo. Tambien se acusará si ha consentido en muchos movimientos de vanidad ó complasencia de sí mismo, y de sus acciones ó habilidades, ó sangre &c. Y si ha hecho algun desprecio interior á su prójimo; ó lo ha mostrado á fin de ser estimado mas que los otros, procurando abatir el parecer ageno con cuestiones y porfias.

*Noveno décimo Mandamiento.*

Todo lo que toca al *noveno* mandamiento está incluido en el *sexto*; y lo que pertenece al *décimo* se incluye en el *séptimo*. Pero se ponen allí con expresion especial estos dos mandamientos para que adviertan y hagan reflexion que en el *sexto* y *séptimo* mandamiento se peca asimismo con el pensamiento ó deseo; pues hay muchos que hacen poco caso de pecados de pensamiento, ya sean dishonestos, y ya sean de hurtos en que suele haber mucho exceso, y ningun examen y escrúpulo. Y asi, quedando ya en su lugar declarado es superfluo repetirlo aqui.

Concluida la acusacion por los diez mandamientos referida, dirá así: de esto y de todo lo demás con que he ofendido á Dios por pensa-

apoyo de la verdad.

(I. TIMOT. III, 43.)

En el mundo, carísimos hermanos, existe una cosa que encierra todos los bienes, todas las luces y todas las virtudes, todas las armo-

nemos en unas circunstancias, ó trabajosas, ó peligrosas á su fe; las prohibimos los ejercicios y observancias, ó necesarias para mantenerse en la piedad, ó útiles para adelantar en ella: en una palabra, so-

324.

*De la Confesion*

miento, palabra y obra, olvidado ó ignorado desde que tuve uso de razon hasta la hora presente, me acuso. Y para mayor confusion mia y mas determinada materia de este santo Sacramento me acuso de tal y tal pecado de la vida pasada ya confesado en esta ó en aquella materia. *Aquí se acusará cada uno, segun hallare su conciencia, de alguna culpa especial que cometió, aunque esté confesada, y arrepentirse de nuevo para asegurar mas el dolor; y despues continuará diciendo.* Y de esto y de todos los demás me pesa, por ser Dios el ofendido. Pido á su Magestad perdon. Propongo firmemente la enmienda, y ahora pido penitencia.

## NOTA.

Hasta aquí la cusacion por los mandamientos, así para la Confesion particular como para la general; y no dudo habrás reparado en todo este libro alguna superfluidad ó repeticion de doctrinas, ó no tan ajustado en el lenguaje a reglas de retórica ó concisa narracion; pero si adviertes que esto se escribe principalmente para instruir á la sencilla ignorancia, no te parecerá superfluo, pues si para unos basta una palabra, para otros quiera Dios que basten cuatro; y así mas quiero, aprendiéndolo del gran padre y doctor S. Agustin, el cual se acomodaba á la sencillez ó ignorancia de sus oyentes, que me comprehendan ó noten los gramáticos y retóricos, que no que acaso por diminuto y lacónico no me entiendan los ignorantes: *malo ut me reprehendat grammatici, quam ut populus non intelligat*, decia el santo.

gion á la verdad, y para que ella nos liberte, recomendaré con religión luego que se nos manifieste; no la disimulemos cuando somos deudores de ella á nuestros prójimos; no nos declaremos contra ella

cuando no nos la podemos disimular á nosotros mismos, para que, despues de haber seguido en la tierra los caminos de la verdad, seamos algun dia todos juntos santificados en la verdad, y consumados en la caridad. Así sea.

## DIVISIONES.

VERDAD.—Hay que buscarla con amor.

Hay que recibirla con gozo.

Hay que comunicarla con prudencia.

VERDAD.—Hay que amarla cuando nuestros amigos la emplean para corregirnos.

No hay que desecharla cuando nuestros enemigos la emplean para humillarnos.

VERDAD.—La buena vida de los que la predicán nos la hace venerable.

Las malas costumbres de los que la predicán no deben por esto hacérnosla sospechosa.

VERDAD.—La ceguedad es el castigo de aquellos que quieren ignorarla.

La inquietud es el suplicio de aquellos que la escuchan para despreciarla.

El endurecimiento es el suplicio de aquellos que persisten en desearla.

## VERDAD DIVINA.

*Ecclesia Dei vivi, columna et firmamentum veritatis.*

La Iglesia de Dios vivo es la columna y el apoyo de la verdad.

(I. TIMOT. III, 45.)

En el mundo, carísimos hermanos, existe una cosa que encierra todos los bienes, todas las luces y todas las virtudes, todas las armo-